

Días con Noé

Jorge Monteleone*

Universidad de Buenos Aires; Universidad Nacional de Tres de Febrero;
CONICET

FECHA DE RECEPCIÓN: 01-04-2023 / FECHA DE ACEPTACIÓN: 15-05-2023

RESUMEN

A partir de una evocación (auto)biográfica, este ensayo recupera el contacto vital e intelectual con Noé Jitrik (1928-2022) a través de diversos episodios, procurando afirmar la impronta del tiempo (los "días") mediante la inscripción de fechas precisas en diversos contextos históricos. Así se recrea el conocimiento azaroso en una etapa de formación intelectual durante los años setenta, cruzada con la etapa de formación del propio Jitrik al descubrir *Azul* de Rubén Darío, hasta el trabajo conjunto en el último volumen de la *Historia crítica de la literatura argentina*. Además de estos aspectos personales de la experiencia vivida, se describen rasgos propios del gesto intelectual de Noé Jitrik como recursos de su vitalidad para conjurar el paso del tiempo y la condición mortal: su vínculo con la poesía; la escritura como acción para colmar el vacío de sentido; la sobrevivencia; la vibración como instancia corporal; el humor como arbitrio del absurdo.

PALABRAS CLAVE:

biografía intelectual; temporalidad; vitalidad; lectura; escritura

Days with Noé

ABSTRACT

Starting from an (auto)biographical evocation, this essay recovers the vital and intellectual contact with Noé Jitrik (1928-2022) through various episodes, trying to affirm the imprint of time (the "days") by inscription of precise dates in various historical contexts. This is how random knowledge is recreated in a stage of intellectual formation during the 1970s, crossed with Jitrik's own stage of formation when he discovered *Azul* by Rubén Darío, up to the joint work on the last volume of the *Critical History of Argentine Literature*. In addition to these personal aspects of the lived experience, features of Noé Jitrik's intellectual gesture are described as resources of his vitality to ward off the passage of time and mortal condition: his link with poetry; writing as an action to fill the void of meaning; survival; vibration as a bodily instance; humor as a whim of the absurd.

KEYWORDS

intellectual biography; temporality; vitality; reading; writing

El sol del veinticinco¹

En aquellos días de mayo de 1973 había una tapa del número 7 de la revista *Satiricón* en la que se veía al general Lanusse con la cara verdosa hundiéndose en el mar con un paraguas, mientras asomaba detrás un gran sol rojo y dorado con la cara sonriente de Juan Domingo Perón. El titular decía: *El sol del veinticinco viene asomando*.



Era la primavera camporista, la de Cámpora al gobierno y Perón al poder y se iniciaba el 25 de mayo de aquel año. Aquella misma noche un decreto liberaba a los presos políticos que festejaban en las calles de Villa Devoto. Entre los asistentes a la asunción del presidente Cámpora que vi en la televisión estaba el presidente de Chile, Salvador Allende. Yo cursaba el colegio secundario, pero mi abuelo comunista me había prevenido acerca del socialismo chileno y de las presiones golpistas que recibía. Mi abuelo no era peronista, porque había sido perseguido en los años del General y veía con suspicacia ese regreso, pero allí confluía ante todos esa nueva figuración de una caudalosa vertiente del peronismo como una fuerza nacional revolucionaria. Mi nono, acaso para contrarrestar los incienso de las misas obligatorias de mi educación, me hablaba entretanto de Allende, de la revolución cubana y de Neruda, al que había visto en uno de los mitines del Partido y al que yo había comenzado a leer: quería escribir poesía imitando esos tonos, esos ritmos, y conocer ese mundo nuevo que comenzaba a arrebatar. Durante buena parte de mi niñez había vivido bajo la dictadura de Onganía, de Levingston, de Lanusse, en un suburbio del oeste de Buenos Aires, alejado de todo, y había ingresado a un colegio secundario católico. Estaba el rock, que todo lo rasgaba y, a la vez, había comenzado a leer la revista *Crisis* y lo que declaraba Julio Cortázar me parecía oracular y hasta

¹ Este artículo incorpora (y amplía considerablemente) el texto leído en el Congreso *Orbis Tertius* durante el homenaje a Noé Jitrik y en su presencia, en la Universidad de La Plata, el 17 de mayo de 2019.

Ernesto Sabato escribía en *La cultura en la encrucijada nacional*, en un libro compilado por *Crisis* en 1973, la frase: “La actual encrucijada que enfrenta nuestro país, en momentos en que nos disponemos a realizar una profunda y justiciera revolución, exige ideas claras” (1973: 9). Y un día fui a buscar en “La casa de Estela”, la librería de Ramos Mejía, otro libro que había visto allí en dos pequeños tomos, blancos, pequeños, con un círculo amarillo y ese pez rodeado de un aro donde se leía, en letras espaciosas, N E R U D A, como todos sus libros en las ediciones accesibles de la editorial Losada. La letra diminuta y las muchas páginas prometían una inmersión. Era el *Canto general*. Leí ávido, con una semicompreensión fascinada por el ritmo de las palabras –no por el sentido– los poemas primeros de los ríos y los minerales, las vegetaciones y las bestias y la palabra *Arauco*. Y ese mismo día febril di vuelta una página y encontré este título: “Alturas de Macchu Picchu”.

Del aire al aire, como una red vacía
iba yo entre las calles y la atmósfera, llegando y despidiendo,
en el advenimiento del otoño la moneda extendida
de las hojas, y entre la primavera y las espigas,
lo que el más grande amor, como dentro de un guante
que cae, nos entrega como una larga luna (Neruda 1971: 27).

Así comenzaba. Leí ese largo poema como en trance, entre los muertos y las piedras y el sonido que retumbaba y se hundía en la página y que yo desconocía: Urubamba, Urubamba, “la plata torrencial del Urubamba” (33). La voluntad de la utopía igualitaria estaba en el aire de ese mundo y, aunque no estuviera adentro de mi casa, estaba golpeando allí afuera y se abría de pronto en esas páginas de Neruda, el poema que finalizaba con la apelación voluntarista del poeta: “Sube a nacer conmigo, hermano. // Dame la mano desde la profunda / zona de tu dolor diseminado” (38).

Pocos días después Neruda estaba muerto.

El horror y la lámpara

Yo hacía la tarea del colegio bajo una lámpara sin sueños y la muerte de Neruda se confundía con una foto monstruosa que vi en el número 6 de la revista *Crisis*, octubre de 1973, en el cual apenas podía discernir el rostro de Salvador Allende acribillado por los esbirros del golpe de Pinochet. La vía chilena al socialismo destrozada por el golpe militar. Leí la frase “Murió combatiendo”. Leí acerca del Estadio Nacional colmado de prisioneros y cómo le rompieron las manos a culatazos a Víctor Jara y le decían “cantá, a ver ahora cómo cantás”. Leí la frase de Cortázar: “Otra vez los chacales”. Así, junto con el aprendizaje del gran poema de Neruda llegaba también el reconocimiento del horror en esos días del setenta y tres.

Nada de esto se leía en mi colegio a la sombra de la iglesia de Ramos Mejía, donde, hacia fin de año, ya comenzaban los test vocacionales para definir la carrera universitaria de los alumnos. Había un celador, un poco más grande que nosotros, de largos bigotes negros como todos usaban en esa

época –como “Bombita Rodríguez”, digamos, la parodia de Diego Capusotto–: el pelo largo y lacio, con gruesos anteojos negros de carey y muy flaco, con vaqueros y mocasines, flaco como la balada del hombre flaco de Bob Dylan, concentrado, irónico y murmurador. Se llamaba Turull, Francesc Turull. Su apellido era catalán, pero para los pibes la fórmula *Turull + bigotes negros* era igual a *turco* y entonces lo llamábamos El Turco Turull. Un día me vio con algún libro escondido y me preguntó por él. Sería Neruda o Cortázar o Carpentier. Nada de eso circulaba en el colegio. Una vez le gustó que al jefe de preceptores, su propio jefe, de apellido Franco, yo, en un aparte, lo llamara “el Falangista”. Eso lo sabía por mi abuelo comunista. Comenzamos a hablar de política y de literatura, me invitó a su casa y me mostró sus apuntes de sociología, sus libros y la revista *Los Libros*, me animó a viajar al centro y asistir a unas clases de Heriberto Muraro y el Toto Schmucler sobre Medios de Comunicación Masiva. Nunca supe si militaba, en todo caso no me lo reveló. Y cuando, en cambio, supe que todo lo que me interesaba estaba en la carrera de Letras, el Turco me consiguió los apuntes de Literatura Latinoamericana. Eran las clases de la carrera de Letras, un documento que me parecía inconmensurable. Comencé a leerlo.

El que hablaba era un profesor llamado Noé Jitrik.

Noé Jitrik: un nombre rarísimo, que la circunstancia exaltaba. Había visto ese nombre, casi sin darme cuenta, la primera vez que leí a Barthes en ese mismo número 6 de la revista *Crisis*, porque Jitrik tradujo y presentó una parte de *El placer del texto* bajo este título que me deslumbró: “El texto que usted escribe debe darme la prueba de que me desea”. Cuando comencé a leer aquella clase del profesor, no sólo me resultaba casi ininteligible, sino que, a la vez, lo que leía era una promesa absoluta, una mutación: era un profesor, era un profesor de la facultad el que hablaba, era un profesor de la facultad de la carrera que yo libre y gratuitamente podía seguir, pero lo más inaudito era que ese tal Noé Jitrik hablaba, con el *dictum* oscuro de un iluminado, *acerca de Pablo Neruda*: Noé Jitrik hablaba en esos apuntes de mal papel y peor impresión mimeografiada sobre “Alturas de Macchu Picchu”! Vi gráficos con círculos que encerraban la palabra *ciclo* y vi flechas; vi las frases “núcleos acentuales” y “núcleos tonales”; vi líneas que se desprendían de los versos y algo piramidal que se desplegaba y la madre de piedra y Macchu Picchu y vi las iniciales M-P y M-P; vi las escalas del binarismo y vi inscritos una y otra vez aquellos versos del despertar: “Del aire al aire, como una red vacía”. Del aire al aire, del aire al aire. Una fecha, la fecha del teórico, estaba inscrita allí, punzante: era el 23 de setiembre de 1973 cuando Jitrik hablaba de aquel poema, el día de la muerte de Neruda en el mes del golpe a Allende. Así lo evocó Noé más de cuarenta años después:

(...) lo que hice ahí exigió una nueva lectura de Pablo Neruda, en particular “Alturas de Macchu Picchu”: el azar quiso que expusiera sus resultados el día en el que el poeta moría cuando el golpe militar ya había triunfado y el mundo nerudiano, como el chileno, entraba en la sombra. Pero el poema seguía vibrando (...) (2017: 82).

Cuando fui a inscribirme tiempo después a la facultad de Filosofía y Letras en 1975 Noé Jitrik ya no estaba allí: había partido a México en 1974. En el gran vestíbulo con columnas del edificio de la calle Independencia, el griterío y el bullicio de las chicas y chicos que teníamos cartulinas rosas y queríamos inscribirnos en las materias fue interrumpido por un policía de civil que sacó un arma y disparó dos veces al aire para poner orden. Dos balazos. Hubo gritos, pánico y luego un silencio fijo, animal. La presidenta era Isabel Perón; las tres A, que dirigía en secreto el brujo José López Rega, el sedicente ministro de “Bienestar Social”, adelantaba el exterminio. Montoneros había pasado a la clandestinidad en 1974. El interventor de la Facultad de Filosofía y Letras era un sacerdote integrista, Raúl Sánchez Abelenda, que había recorrido los claustros para exorcizar el demonio marxista y colgado crucifijos en algunas aulas, según decían. El rectorado de la UBA –cuando el ministerio de educación estuvo a cargo de Oscar Ivanissevich– estaba dominado por un nazifascista convencido como Alberto Ottalagano, vinculado a López Rega y a un justicialismo de ultraderecha. Habían sido cesanteados miles de docentes y amenazado de muerte a cientos; la Triple A ya había asesinado en 1974 a Rodolfo Ortega Peña, al padre Mugica y a Silvio Frondizi. En la facultad se sabía que había alumnos falsos que eran policías o agentes encubiertos de los servicios de inteligencia que nos vigilaban, pero ¿quiénes eran? Así vivíamos bajo amenaza.

El viaje de Jitrik a México ya era el exilio pero yo había comprado un libro suyo aparecido ese año de 1975, *Producción literaria y producción social*. Eso era todo lo que me quedaba de él: nunca lo había visto, nunca había alcanzado con él las alturas de Macchu Picchu, no sabía quién era ese hombre pero ahora abría su libro, bajo la lámpara suburbana junto con el libro de Neruda que comenzaba con “La lámpara en la tierra” y se iniciaba la fiebre para alcanzar la comprensión. Yo había leído los cuentos fantásticos de Lugones; yo había leído *Van Gogh, el suicidado por la sociedad*, de Artaud, porque lo indicaba Spinetta (que había escrito un manifiesto titulado “Rock, música dura, la suicidada por la sociedad”); sabía que Lugones se había matado; en mi familia había una suicida, mi abuela materna, que se había matado en el setenta y uno: el tema me obsesionaba. Leo a Jitrik, leo el apartado “El suicidio”, que dice: “Un enigma ¿Por qué, entonces, se suicidó Lugones?”. Leo a Jitrik y ahora me habla:

Lugones se suicidó porque la sociedad, “su” sociedad –que es también la nuestra– le había enseñado en el adentro suyo que ser escritor, que ser trabajador de la transformación en la palabra –de esa transformación que exige desequilibrarse y recuperar por actos violentos la violencia inicial sofocada por la violencia segunda– es una aberración, es una perturbación de su condición superior equilibrada. La de la sociedad quiero decir. Develamiento del enigma: la sociedad, como sistema, primó en él, lo venció desde adentro, le estuvo susurrando durante años que no debía insistir hasta que –a pesar de celebrarlo– para dar satisfacción a esas voces –poniendo claramente en evidencia que no había satisfacción posible ni esperable para sí– se mató (1975: 70-71).

Entonces Lugones, aquel que había sido ideólogo del primer golpe militar, que había sido la roca y el exceso, Lugones, decía Jitrik, *también* era, como Van Gogh para Artaud, *el suicidado por la sociedad*. Y mientras leía, un aire mortal soplabá en todas partes. Ser escritor también era situarse en un instante de peligro. Había comenzado el trabajo sucio aquel 1975 y en Tucumán se había puesto en marcha desde enero el Operativo Independencia que terminó en manos del general Bussi.

Ahora sabíamos que el 24 de marzo de 1976 se había desatado, ya con furia entre nosotros como antes en Chile, la tormenta de mierda.

Una literatura en aflicción

Casi cuatro décadas después de estos hechos, proyectamos bajo la dirección de Noé Jitrik el índice del volumen 12 de la *Historia Crítica de la Literatura Argentina* y con él finalizaría su gran proyecto. El tomo se llamaría *Una literatura en aflicción* porque en ella resonaría el contenido de un gran trauma social, ya que se trataba de un genocidio: la desaparición forzosa de personas. Nos dedicamos a él, con idas y vueltas, dilaciones que me atribuyo, innumerables certidumbres que tiemblan en lo mutable, en la arbitrariedad de lo fugaz, junto con toda la gente que acompañaba, que pensaba, que escribía acerca de algo inmediato que, directa o indirectamente, nos atravesó. Ese volumen testimoniaba que la dictadura más sangrienta de la historia argentina era el centro sombrío sobre el que giró toda la literatura del período y por ello a menudo llamamos literatura de la posdictadura a lo que continuó. Escribí en este volumen que, como decía Walter Benjamin en “Tesis de filosofía de la historia”, adueñarse del pasado es captarlo en un relámpago del presente. Pero articular históricamente el pasado no significa conocerlo como verdaderamente ha sido. Se trata de adueñarse de un recuerdo “tal como este relampaguea en un instante de peligro”. Ese es el único modo de salvar –de redimir– incluso a los muertos porque, escribió Benjamin, “*ni siquiera los muertos* estarán a salvo del enemigo, si este vence. Y este enemigo no ha dejado de vencer” (Benjamin 1967: 45).

¿Quiénes eran los muertos? Como escribí en la introducción, todavía en los últimos meses en los cuales se componía este último volumen de la *Historia Crítica de la Literatura Argentina* seguían extrayendo e identificando en el llamado Pozo de Vargas, de cuarenta metros de profundidad, situado en el departamento de Tafí Viejo de la provincia de Tucumán, los restos de unos 140 detenidos-desaparecidos que fueron arrojados a esa fosa común entre el año 1975 –es decir, durante el llamado «Operativo Independencia» bajo la presidencia de Isabel Perón– y el año 1979, como resultado del plan sistemático de exterminio de la dictadura argentina del período 1976-1983. La excavación duró más de veinte años y finalizó en marzo de 2023. Muchos de esos cuerpos permanecieron desaparecidos durante décadas y hasta hoy el Pozo de Vargas es el lugar en el que se identificaron más restos de todos los sitios de inhumaciones clandestinas hallados en la Argentina, y aun en Latinoamérica. Como ese hondo pozo en la tierra que descubre los cuerpos

ocultados, como ese agujero oscuro que atraviesa la superficie, puntazo profundo, herida, punción, desgarramiento, así el escándalo del genocidio en la desaparición forzosa de personas ha condicionado para siempre la vida sociohistórica de la Argentina. Obra a la vez como presente y como memoria que no puede agotarse en un trabajo de duelo, sino en el vivo acto de una aflicción sin término visible. Por eso aquel último volumen se llamó *Una literatura en aflicción*. Ese agujero que no puede suturarse supuso también una afección en la lengua. El contradiscurso que obra en la lengua literaria de este período, no consistía entonces en realizar un trabajo de duelo sino inscribir con el nombre un trauma, sostener una aflicción e historizarla. La literatura fue uno de los lugares más propicios para realizar ese acto y fue por ello, en ese acontecimiento traumático, ese nombrado lugar de la aflicción. Lo que ha sido no puede ser sepultado y aparece otra vez como presente en el relámpago de una redención que no consistía en el perdón ni en el olvido, sino en un activo re-conocimiento (Monteleone 2018: 7-14). Al trabajar junto a Noé Jitrik en este volumen, tuve entonces una enseñanza histórica y cultural acerca del duelo, y aun acerca de la muerte, pero asimismo una enseñanza personal, vinculada a la lectura y la escritura.

El gesto

Una mañana de 2017 en que fui a verlo a su departamento de la calle Viamonte 1646 para trabajar juntos en el tomo 12 de la *Historia crítica de la literatura argentina* y antes de servir el primer café negro y humeante, me recibió en su bata, y me dijo, con entusiasmo: “Mirá lo que acabo de escribir”. En el tiempo que había pasado entre el despertar y nuestro encuentro Noé Jitrik había escrito tres páginas que eran brillantes. No me importan ahora ni el texto ni el tema, porque quiero recordar lo que más me impactó: el *gesto*. Ese hombre, entonces de 89 años, escribía de inmediato al abrir los ojos como si quisiera colmar el tiempo mismo del vivir, de su vivir y luego del nuestro. Pero además de todo esto también bebía su café, regaba las plantas, hacía sus ejercicios de yoga, se daba un baño caliente, estaba junto a Tununa Mercado.

Y así aparece otra vez el vacío que se conjura con la escritura como un correlato de la lectura:

La escritura es una acción que se produce en un espacio blanco y tiende, además de pretender intervenir en el mundo mental de los seres humanos, a poner de relieve el enigma del vacío, la página en blanco que asedió en algún momento a Rubén Darío (2017: 93-94).

De modo que aquel vacío de sentido se une ahora al *blanco* de la página que se produce como un asedio en el poema, el asedio a Darío y el asedio a Noé que, recién salido del sueño escribía, y volvía a escribir cuando lo asaltaba la pregunta sobre cómo sobrevivir luego de la ausencia del ser querido y admirado. La escritura era para Noé un intento de *hacer algo* con esa nada.

Pero otra vez aquella unión –el enigma del vacío unido a la página en blanco que asediaba a Darío– me trae un vertiginoso recuerdo que aparece en uno de sus libros de memorias, *Los lentos tranvías* (2012). Por la escasez de medios en la campaña del pueblo de Rivera, la familia Jitrik se mudó en los años treinta a Buenos Aires, y solo quedaba en el pueblo un hermano mayor, telegrafista, que trabajaba en el correo. Un día de su visita a su familia en Buenos Aires, le trajo a su hermano Noé un ejemplar de *Azul*, de Rubén Darío. El sello de aquella biblioteca del pueblo que para el niño parecía respirar revelaba el delito: su hermano lo había robado para dárselo. Esa lectura fue una verdadera iniciación: “Ese libro –recuerda Noé– se convirtió en mi puente de ingreso a los sentimientos más despiadados y desgarradores, a versos cristalinos y complejos cuya perfección necesitaba ser, en vano, imitada y seguida” (2012: 42). El encanto de la lengua de Darío lo proyectaba y suspendía, lo apartaba y lo sumergía y, sobre todo, lo instaba a colmar el tiempo, a hacer con la lengua lo mismo que vibraba en el poema. En el pasaje de la lectura de Darío a la escritura estaba una de las claves que retorna en el arte para conjurar el vacío de sentido. La poesía fue para Noé Jitrik uno de las formas más profundas en las cuales podía ejercitarse este recurso de la vitalidad.

La vibración

El sábado 26 de junio del 2021 recién comenzaba el invierno y era un día en que el color del crepúsculo iluminaba Buenos Aires. Noé Jitrik, alrededor de las cinco de la tarde, escribía cartas electrónicas. Siempre le había gustado el soneto de Lugones “Delectación morosa”, sobre todo el momento del poema en el que la tarde apuntaba un color en la habitación a la hora del poniente: el *crisoberilo* –el color de una piedra en cuyo nombre se unían el dorado al verde–. La tarde doraba los árboles verdes mientras llegaba la noche sombría, la noche morada en el poema: “La tarde, con ligera pincelada / que iluminó la paz de nuestro asilo, / apuntó en su matiz crisoberilo / una sutil decoración morada” (Lugones 1905: 43). Noé Jitrik siempre recordaba esos versos y muchas veces me pedía que se los repitiera en voz alta. Hacía unos pocos días que habían muerto Juan Forn y Horacio González y esa tarde de invierno a la hora del crepúsculo Noé me escribió:

Pienso bastante en la muerte en estos días, la pelada, como se dice en México pero también, en el post-sueño, luego de la primera levantada en imágenes. Hoy se me ocurrió esto “No eran ángeles del sueño/ pero lo parecían”, me refiero a las muchachas que me movieron las convicciones y el cuerpo a lo largo de mi vida. Tal vez eso sea lo bueno de la pandemia y el encierro, lo que regresa y devuelve la frescura de los primeros encuentros, los primeros impulsos a conectarse y encontrarse y durante los cuales, si no *crisoberilo*, la belleza de los crepúsculos en esta ciudad privilegiada algunos días del año.

Muy poco después Noé continuó pensando, o mejor dicho, escribiendo el pensar, como lo hacía incluso hablando, cuando percibíamos esas frases que podrían transcribirse sin pérdida en su dicción misma. Y escribió

entonces, el 10 de julio de 2021, en la serie que publicaba online *Silbidos de un vago* (era su homenaje a Cambaceres) un texto llamado “Vivir bien o sobrevivir”, surgido de aquel pensamiento sobre la muerte. Comenzaba declarando la orfandad en la cual nos dejaban quienes se fueron y la pregunta acerca de cómo seguirá la vida después, o bien cómo hubiera sido si siguieran irradiando aquellos talentos idos. Puesto que estas desdichas nos privaban del bienestar mismo del vivir, Noé se preguntaba si la idea del *vivir bien* no era, finalmente, una ilusión, y no un ideal. Y al discurrir acerca de las alternativas posibles a ese malestar, que podían consistir en formas de distracción o fuga letales para cada sujeto, es decir, formas de renuncia o de lento suicidio, concluía:

Leer, escribir, conversar, decidir, los otros, involucrarse, encaminarse no sé a qué lugar pero a un lugar, que puede ser el que nos ha tocado en suerte, en el que no se trate de vivir bien sino sólo de vivir, o sobrevivir, como quieran, como única alternativa cuyo sentido no pasa por la opción sino por el flujo o la corriente entre estos términos (Jitrik 2021).

Esa clave, ese modo, es aquello que busco una y otra vez en sus cartas, en sus escritos, en sus gestos para aprender *cómo continuar después de Noé*, cómo obrar cuando no está allí ese cuerpo que parecía cada vez más frágil pero conservaba su aura, se tensaba en esa voz que oigo constantemente en el silencio, esa inflexión, lo que resta de una huella sonora como una vibración. La potencia del pensamiento de Noé como experiencia de lenguaje es tan intensa, que todavía se explica como forma de sobrevivencia. Y acabo de mencionar un vocablo que volvía una y otra vez en el léxico de Noé Jitrik: *vibración*.

Para Noé la lectura y la escritura eran actos de una “corporalidad innegable”, así lo escribió, porque jamás les restaba su impronta física. Y la biblioteca de su pueblo, Rivera, en la provincia de La Pampa, tal como lo cuenta en su libro de lector, *Fantasmas del saber (lo que queda de la lectura)* (2017), cuando tenía solo seis años, se le aparecía como “un cuerpo vivo, algo que respiraba y palpitaba” cuando se propuso tener en sus manos “uno de esos objetos que vibraban en los estantes” (9). Los libros *vibraban*, escribe Noé, al evocar el comienzo, o mejor dicho, el deseo de lector, como si la biblioteca, cuerpo vibrante, fuera un correlato vivo del cuerpo del lector. El último capítulo de ese libro se llama “Vibraciones” (99-102). Esa palabra es un movimiento, un temblor, un vaivén, un ritmo, y también es aquello que une en el lenguaje la resonancia del cuerpo a la corporalidad de la lengua –por ejemplo decimos que las cuerdas vocales *vibran*. Y todo esto no puede ocurrir sino en el presente de la vida misma. No es casual que Noé Jitrik llamara a uno de sus libros *La vibración del presente*, en el que mencionaba “una vibración inherente a la escritura misma, especie de prosodia que resulta de y en la organización verbal (1987: 144). Pero en el capítulo “Vibraciones” de *Fantasmas del saber* ya no se habla del origen, como la de aquella escena del encuentro con la biblioteca, sino del tiempo

que resta. Lo *vibrante* es otra vez el cuerpo, pero cuando ante él se abre el vacío del tiempo. Ese vacío es aquello que el tiempo deja al devorar también cuerpos y deseos, recuerda aquello que Baudelaire llamaba *spleen* y que no correspondía a eso que llamaba “el tiempo anterior”, el tiempo del ideal, sino a lo ofrecido por “*l’obscur Ennemi qui nous ronge le cœur*”, el oscuro Enemigo que nos roe el corazón: el tiempo y la conciencia del tiempo, la conciencia de la mortalidad (Baudelaire 2014: 43). “Vacío de sentido” llama Noé al instante en el que “aquella vida plena se ha transformado en puro recuerdo” (2017: 102).

Sin embargo, la escritura de Noé Jitrik no conserva el recuerdo como melancolía, sino lo transforma. Muta el ideal del vivir bien por la sobrevivencia como una acción, no como un padecimiento. En ese presente limitado asediado por la muerte, que significa la opacidad de la comprensión para la vida vibrante, allí donde se alza justamente el vacío de sentido, la lectura (y la escritura, porque para Noé Jitrik leer es escribir) restituye un sentido provisorio, fugaz, endeble acaso y sin embargo tenaz, como la del árbol doblado en la tormenta. Escribe Noé:

Considerando que la vida plena se fue retirando, inevitablemente, de esos otros, que el vacío se instala cuando el tiempo ha hecho de las suyas al devorar no solo cuerpos sino deseos y hacer que esa *vida plena* ya no ofrezca más sus recompensas; en ese pálido momento, cuando no hay nada más que un vacío de sentido y nada que hacer y aquella vida plena se ha convertido en puro recuerdo, apagado hervor, la lectura, pienso, muestra la antigua fuerza que le atribuí, y el libro, en espera, callado, restituye, con esa recompensa tan extraña que es encerrarse y leer, uno de los escasos modos de derrotar, provisoriamente, al tiempo (2017: 102).

Una disperata vitalità

Pero Noé Jitrik tenía otro modo de derrotar el sentimiento del tedio y la vocación del absurdo que impone el paso del tiempo: el humor fue su cortesía, su coartada, su connivencia. “*Il tempo, carissimo e rispetabilissimo dottore e amico diletto, se ne va come l’acqua per le strade quando piove nell’estate*” me escribió un día. Desde el año 2007, con constancia y continuidad durante quince años, Noé y yo nos enviamos decenas de cartas electrónicas, escritas en un cocoliche rimbombante o en un italiano macarrónico y mal escrito, atravesado por un español mal aprendido. En varias ocasiones estos mensajes no eran solo bromas, como ocurría a menudo, sino que también acordábamos cuestiones de trabajo, encuentros y opiniones. Durante todos los años de preparación del volumen 12 de la *Historia crítica de la literatura argentina*, por ejemplo, fue así y muchas veces los llamados al orden para encontrarnos y trabajar se componían bajo esta forma desopilante. Este es, por ejemplo, el mensaje que envió Noé por mi incómodo silencio después de un viaje que hice a Alemania en 2017. La carta está fechada el 12 de julio de ese año:

Carissimo viaggiatore de due continenti ed anche la Germania:

È già tornato in questa trastornata et ogni giorno piu sconosciuta città? E si sei tornato, perché non mi ha fatto segnale dal suo ritorno? Sono un sconosciuto per lei? Mi domando un pò preoccupato, ma si è così lo capisco perche io stesso sono un sconosciuto per me. Dopo la sua partenza verso l'estate tedesco io ho stato gripposo tutta la settimana ed doppo in dura convalescenza; in questo periodo mi sono domandato molte volte si esisteva un senso delle cose ed della vita; non ho trovato risposte, al meno la mia testa non arrivaba a formare un pensiero completo ed soddisfattorio. Oggi mi sento meglio e prendo, non la piuma, ma la PICHÌ (P.C.) per comunicare con Lei et sapere si stamo n'un posto sicuro o dubioso de nostro lavoro.

Dunque, scendete dal suo ritiro e faccia uno sforzo ed inviame qualsiasi segnale della vostra occupata assistenza. Sono sicuro che non sò uno sconosciuto per Lei. Certissimo. Aspetto sua lettera, magari una telefonata.

Abraccio,

suo, il poeta maledetto dal quartiere di Santo Nicola d'una città in rovine.

Una tarde cualquiera llego una vez más al departamento de Noé en la calle Viamonte 1646. Bromeamos, abro el cuaderno, comenzamos a discutir y diseñar, se proyecta el volumen 12 de la *Historia crítica*, Noé busca su cafetera y sirve un café colombiano negro, aromático, espeso. “*Onoratissimo Dottore, Amico e Maestro mio, doviamo fare questa Storia avanti che se volase leggera e insignificante come le gorrioni di Buonasaria!*”. Nos reímos. Es una compulsión comunicarnos en cocoliche, incluso en las reuniones del Instituto de Literatura Hispanoamericana. Volvemos sobre los apuntes. Todo parece previsible, como el pequeño limonero en la maceta de la terraza, común y hacedero, que vibra en el viento. Lo miro, sirve el café, está ávido, vive en la incesancia de la lucidez. Yo creo que la palabra *incesancia*, tantas veces evocada, fue inventada por él sólo porque es el único que puede vivirla a fondo. Me imagino que Noé tiene la mirada absoluta y obsesiva del capitán Ahab en otro barco, buscando la Ballena Blanca. No me lo imagino: en verdad le digo una vez a José Luis de Diego que este libro es el Pequod, que en él perseguimos la Ballena Blanca, un animal extraño y fugaz llamado *Literatura Argentina* y que Noé es el capitán Ahab. Pero José Luis es preciso, perfecto. Me dice: “No, él no es Ahab. Noé es Melville”.

En todo caso lo encontré. Parece que desde aquellos años de “*Alturas de Macchu Picchu*” y de aquel primer libro que quise descifrar Noé, estaba llegando hasta volverse maestro, amigo, familiar; llegaba desde aquellos años setenta y ochenta mientras todo esto ocurría, la vibración y la tragedia, la exaltación y el exilio, y esos signos que se escriben en el temblor, la literatura, la poesía. Y ahora sabía que todos aquellos días oscuros volverían a ser contados otra vez, página tras página, cuando encontrara a Noé Jitrik, cuando Noé sirviera el café negro, humeante, concentrado y me hablase, me hablase otra vez, por fin, cara a cara.

La Plata, 17 de mayo de 2019-Buenos Aires, 17 de mayo de 2023

* **Jorge Monteleone** es escritor y profesor en Letras (UBA), investigador del CONICET, docente de posgrado en universidades de la Argentina y Alemania, periodista cultural. Publicó numerosos textos de teoría y crítica literaria sobre poesía, ensayos sobre teatro y rock, estudios que acompañan libros y antologías de poetas argentinos. Desde 2015 es director del Festival Internacional de Poesía de Buenos Aires. Dirigió el *Boletín de Reseñas Bibliográficas* y es secretario de redacción de la revista *Zama* (ambas del Instituto de Literatura Hispanoamericana, UBA). Con María Negroni, codirigió la revista de poesía y poética *Abyssinia*. Hizo las ediciones comentadas de Walter Benjamin. Publicó *Ángeles de Buenos Aires* (con fotografías de Marcelo Crotti, 1992), la antología de poesía argentina y brasileña *Puentes / Pontes* (con Heloisa Buarque de Hollanda y Teresa Arijón), dos antologías con estudios críticos en el Bicentenario: *200 años de poesía argentina* y *La Argentina como narración*, y los ensayos *El relato de viaje*, *El fantasma de un nombre*. *Poesía, imaginario, vida y Lectura e infancia*.

Bibliografía

- Baudelaire, Charles (2014). *Les Fleurs du Mal* (1861). Édition de Claude Pichois. Paris: Gallimard.
- Benjamin, Walter (1967). *Ensayos escogidos*. Traducción de H. A. Murena. Buenos Aires: Sur.
- Crisis*, 6, Buenos Aires, octubre de 1973. Disponible en: <https://ahira.com.ar/ejemplares/satiricon-no-7/>
- Jitrik, Noé (1975). *Producción literaria y producción social*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Jitrik, Noé (1987). *La vibración del presente. Trabajos críticos y ensayos sobre textos y escritores latinoamericanos*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Jitrik, Noé (2012). *Los lentos tranvías*. La Plata: Ediciones Al Margen.
- Jitrik, Noé (2017). *Fantasmas del saber (Lo que queda de la lectura)*. Buenos Aires: Ampersand.
- Jitrik, Noé (2021). "Silbidos de un vago, 12: Vivir bien o sobrevivir". *La Tecl@ Eñe*. Buenos Aires, 10 de julio de 2021. Disponible en: <https://lateclaenerevista.com/silbidos-de-un-vago-12-vivir-bien--sobrevivir-por-noe-jitrik/>
- Lugones, Leopoldo (1905). *Los crepúsculos del jardín*. Buenos Aires: Arnaldo Moen y hermano, editores.
- Monteleone, Jorge (2018). "Introducción" a Monteleone, Jorge (Dir.), *Una literatura en aflicción*. Vol. 12 de *Historia crítica de la literatura argentina*, dirigida por Noé Jitrik. Buenos Aires: Planeta. 7-14.
- Neruda, Pablo (1971). *Canto general*, I. Buenos Aires: Losada.
- Sabato, Ernesto (1973). *La cultura en la encrucijada nacional*. Buenos Aires: Editorial Crisis.
- Satiricón*, 7, Buenos Aires, mayo de 1973. Disponible en: <https://ahira.com.ar/ejemplares/satiricon-no-7/>



Esta obra se encuentra bajo licencia de Creative Commons